

es el ideal que has perdido; pero hasta ahora yo te he conocido uno monstruoso: el ideal del vicio. Tú has vuelto el anteojo y este fango que te parecía tan lejano, apenas visible, se encuentra tan próximo (mucho más cerca de lo que realmente está), que distingues en él las más aterrantísimas podredumbres. Te pierdes en las nubes y no quieres descender á la tierra; lo mejor será, no obstante, quedarse sobre ella y no exagerar ni el bien ni el mal.

Pero me dejó llevar por este asunto y no voy á poder hablarte de otra cosa. Verdad es que esta cuestión necesitaría volúmenes y que yo quisiera decírtelo todo á la vez. Es muy posible que á cada paso atropelle la lógica; confieso humildemente que no la he estudiado nunca.

Me anuncias la muerte de Toselli; no he conocido á este joven, y á pesar de ello me afecta la noticia. Siempre que un joven desaparece, lo lamento, ¡tal vez hubiera sido grande y bueno para sus semejantes! No conocerá los dolores de la vida, pero tampoco podrá conocer sus alegrías. Entretanto ya conoce la gran palabra, el misterio insondable, el misterio que hace retroceder con espanto. Cuando se sumerge el espíritu en estas reflexiones, se pone el cabello de punta y no se sabe si se debe llorar ó envidiar á los muertos.

Me anuncias la muerte de Toselli; no he conocido otro más indeciso que nunca. La vida se presenta á mis ojos con su aterrantísimas realidad, con su porvenir desconocido. Cerca de mí no hay nadie que me sostenga, ni mujer ni amigo. Y no es culpa mía, si vacilo, si mi resolución de hoy obscurece la de ayer. ¿Quién me indicará un camino derecho, sin demasiadas espinas, para que mis pies no se desgarran antes de llegar á la meta? Tú marchas con los ojos fijos en un punto sin que te distraiga lo que pasa á tu alrededor; llegarás, estoy seguro. Pero yo con mi carácter, con mi pereza (llamemos á las cosas por sus

nombres), mi inteligencia se pierde en vanos ensueños y hasta que me revele me encontraré sin profesión, sin fortuna, sin talento.—¡Un poco de valor, Dios mío!

Me causarás gran placer hablándome de Julienne y de Baptistine. Quiero conocer las travesuras del querido Edgardo y las monadas y gestos de la niñita.

«Bajo mi sayo al rey mato.»—¡Oh candor! ¿dónde vas á anidar?

Ya te he dicho que esta intriga me repugna, pero no nos hagamos más santos de lo que somos. Estamos llenos de defectos y por mi parte confieso una gran curiosidad.

Me escribirás todo lo que resulte de esto después de Carnaval. Esta será tu cuaresma, ya que tanta fatiga sufres al coger la pluma. Si no quieres disgustarme no me olvides; y si puedes escribirme más legiblemente, te comprenderé y te responderé mejor. Háblame de Aix, de mis raros amigos, de tí sobre todo.

Te repito que me enfadaré seriamente si no me escribes. Y pongo punto á esta cuestión.

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

VI

"ALFONSO REYES"

París, 20 de febrero de 1860. MEXICO

Mi querido amigo:

Te escribí últimamente una carta que debió llegar á Marsella el Miércoles de Ceniza, carta que se ha cruzado con la tuya. Espero que el señor Maubert te la habrá enviado fielmente; de todos modos te dirijo esta á casa del nuevo intermediario que me designas, y para más seguridad te participo otra vez que he cambiado de domicilio y que en lo sucesivo

debes escribirme á la calle Nueva de San Esteban del Monte, núm. 21.

Tengo poco tiempo y procuraré sobre todo convencerte de que sólo mi pereza es la causa de mi silencio y trataré de disculparme de la acusación de discreción extremada.

Pareces dar á entender que tus cartas me aburren y que por eso no te contesto. Verdaderamente debía ser yo el que me enfadase por esa suposición. Cuando te escribía carta sobre carta durante la última primavera y recibía todos los meses apenas diez líneas de contestación, ¿te dije jamás tan grande tontería? Te repito que desde el jueves, día de Todos los Santos, se ha operado en mí un gran cambio. Yo era antes perezoso, pero perezoso por ilusión, por sentimiento artístico. Ahora, ya no hay nada de eso; soy brutalmente perezoso como todo el mundo, porque el trabajo me fatiga y prefiero el aburrimiento. No es esto decir que no tenga mi sol y mi lluvia, mis días buenos y malos; pero cuando estoy alegre, río y corro huyendo de la pluma y del papel y cuando estoy triste, me enfurezco, hago el oso, me meto en un rincón teniendo el placer de fastidiarme y de fastidiar á los demás. Esto no es más sino que un sueño con vosotros, amigos míos, y si sueño es para echaros de menos, para pensar en nuestras diversiones, que probablemente no volverán ¡ay! á renovarse. De esta manera voy difiriendo de un día para otro una carta, teniendo demasiadas cosas que deciros, acabando por no decir una sola, retrocediendo ante una de esas banalidades que desde hace tres años veis en mí. Tal es la causa de mi silencio y eres un loco en dudar de mi amistad por la tardanza de mis tontas máximas, y de mis digresiones, aun más pueriles, sobre el amor, sobre el ideal y sobre la realidad. Empiezan á fatigarme todas estas cosas por escrito. De vez en cuando te he dicho que mi pluma expresa muy imperfectamente mis ideas y mis sentimientos. Como noto esta imperfec-

ción la arrojo frecuentemente con cólera. Os escribo y encuentro el medio de hablaros de todo, menos de lo que os quisiera hablar. Quisiera abriros mi corazón, deciros que lo hace palpar todo lo grande y noble, la amistad, el amor, el sentimiento de la belleza, y por esto mismo aumentar vuestra estimación y ligaros para siempre á mí por los lazos de una estrecha simpatía. Pero no puedo: la frase que busco se me escapa, y en su lugar viene á colocarse una tontería; ya es el amor á la forma el que me empuja y me hace, por emplear un giro que me gusta, omitir las palabras que salen del corazón; ya es la paradoja, la afectación de una alegría que no he sentido jamás. Entonces, maldigo esta profesión de escribir; me digo que lo que es bueno para el público no puede satisfaceros. Rechazo el papel, no me puedo ocupar en escribiros, y pienso que un largo apretón de manos á tu llegada será más significativo que todas las cosas que pudiera haberte escrito hasta ahora.

Cuanto á mi excesiva discreción ni es un falso orgullo ni una falta de confianza. Cuando nos encontramos al principio de nuestro camino, é impulsados por una fuerza desconocida, nos dimos la mano jurando no separarnos jamás, ninguno nos preguntamos por nuestras riquezas ni por nuestros amigos. Lo que buscábamos era la riqueza del corazón y del espíritu, y, sobre todo, este porvenir que nuestra juventud nos hacía entrever tan brillante. En una palabra nos conocimos mutuamente y esto nos bastaba. Después hemos crecido é ignorado siempre todas las necesidades materiales, hemos continuado como en otro tiempo correspondiéndonos con el alma, sin pensar siquiera que teníamos un cuerpo. Por fin hoy nos damos cuenta de que hay en nosotros dos seres: el uno todo sentimiento y el otro, por el contrario, todo materia; el primero, nuestro amigo, aquel que conocíamos hace tanto tiempo; el segundo el que tiene conciencia de su sér que agobia, que lamenta el hambre y que nos

obliga á trabajar para buscar el pan. Esta parte de mí mismo que desconocían mis amigos he continuado ocultándosela antes por hábito que por ninguna otra razón. Comprendo perfectamente tu deseo de conocerme por completo, y yo mismo tendré esta curiosidad, cuando empieces á cubrir por tu esfuerzo las necesidades materiales de la vida. Para ponerte al corriente de todo no tengo más que decirte dos palabras: tengo veinte años y me encuentro todavía al cargo de mi madre que á duras penas puede sostenerse ella misma. Me veo obligado á buscar trabajo para comer y este trabajo no lo he encontrado todavía, sólo espero tenerlo pronto. Tal es, pues, mi posición: ganar el pan sea como fuere y, si no quiero decirle adiós á mis sueños, ocupar la noche en mi porvenir. La lucha será larga, pero no me aterra; siento en mí alguna cosa, y si en realidad esa cosa existe, tarde ó temprano, amanecerá el gran día. Acaban, pues, los castillos en el aire; una lógica estrecha: ante todo comer; después, ver lo que hay en mí: tal vez hay mucho, quizá nada, y si me he equivocado, continuaré comiendo con mi empleo obscuro y pasaré como tantos otros, con mis lágrimas y mis sueños, por esta pobre tierra.

Esta es una cuestión delicada que quiero, á pesar de ello profundizar. Algunas veces, y hasta en tu última carta me parece que pones tu bolsa á mi disposición. ¡Pobre bolsa! ¡Bolsa de colegial que apenas será bastante á los menudos placeres! Por otra parte, en casa de mi madre encuentro lo necesario, y á no ser porque lo superfluo es algunas veces una necesidad, no tendría que lamentarme nunca de la falta de dinero. ¡No importa! Lo repito: creo que me ofreces dinero, y á esto es á lo que voy á contestarte con toda franqueza: si tienes, no demasiado, mas lo bastante para hacerme participar de él, si puedes hacer esto sin agobiar á tus padres, acepto lo que me ofreces á título de préstamo.—Mi silencio sobre este

punto hubiera podido disgustarte, y, por otro lado, creo que rehusar después de haberte hecho conocer mi posición, podría parecerte el resultado de un orgullo mal entendido.

Mi vida presente es ésta: vivo en una casa de huéspedes; el alojamiento que ha tomado mi madre es demasiado pequeño. Esto me disgusta bastante. Trabajo un poco, y leo á ratos á Montaigne en el que gusto el dulce y tolerante encanto de la filosofía.

Si tardas mucho en contestarme, te escribiré de nuevo. Aguardo á Cézanne y espero recobrar un poco de mi alegría de otro tiempo cuando esté aquí.

Mis respetos á tus padres. Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA.

París, 17 de marzo de 1860.

Mi querido Bautista:

A veces me irrito con mi aburrimiento diario. Me trato de imbécil y me pruebo que soy yo mismo la causa de mis tristezas. Tengo la mejor de las madres, y además tuve la fortuna de encontrar en este fangal de discordia dos amigos con los cuales simpatizo. ¡Cuántos se considerarían felices con la mitad de estos bienes! ¡Cuántos se contentarían con estas amistades puras, sin buscar otra cosa, sin alimentar deseos, tal vez imposibles de satisfacer! Mi suerte es una buena suerte, y á pesar de ello, la desdén, la considero como una cosa merecida, como algo que le corresponde á cada cual en este mundo. Me encuentro solo; mi madre y mis amigos desaparecen ante mis ojos, y lloro sobre mi aislamiento, y me pregunto cuál es el término de todos estos disgustos y la razón de mi existencia. Acuso al cielo de habernos creado de tal forma, que el cuerpo se esconde siempre del alma; entra mi vecino con la miel en la boca, me saluda

y me sonrío y yo pienso que lleva la animosidad en su corazón; me acaricia mi perro y creo ver sus dientes prestos á mordirme; mi amada me abraza y me jura ternera eterna y me pregunto si no me estará preparando en aquel momento una infidelidad. ¿Cómo decírtelo? Este es mi tormento diario, y creo que sería perfecta mi felicidad, si me fueran descubiertas las almas de los que conmigo se codean. Cuando mi amada está cerca de mí, yo aplico mi oído á sus labios y escucho su aliento; su aliento no me dice nada y me desespero. Apoyo mi cabeza en su pecho y siento palpar su seno y escucho los sordos latidos de su corazón, á veces creo sorprender la clave de este lenguaje, pero no es más que el fango que se agita, y me desespero. Ahí tienes la verdadera causa de mi aislamiento; entre la gente que me rodea no veo ni una sola alma, sólo distingo prisiones de arcilla; y mi alma se desespera ante su inmensa soledad, y se entristece cada vez más. ¡Cuántas veces he acusado al cielo de habernos hecho así, de haber permitido la mentira eterna, ocultando al sér sin hacerle brillar! ¿Qué me importa la belleza del vaso si el perfume que contiene es nauseabundo, y cómo me voy á asegurar de su olor suave? Adoro religiosamente la forma, para mí la belleza es el todo. Pero no hay que confundir: este amor á la línea no es más que un amor de artista: un cuadro, una estatua, objetos inanimados, son evidentemente, por su mérito, mejores que las bellezas materiales; si se me presentase una Venus de Milo, en carne y hueso, probablemente me prosternaría ante la copia de la célebre estatua; pero estoy seguro de que mi alma divaga. Esta divina criatura miente, sin duda; en relación á la belleza de su materia está la fealdad del soplo que la anima; sus grandes ojos, tan dulces, mienten, miente su boca diminuta; esos senos, esos divinos contornos, ese conjunto perfecto, mienten.—Este es mi gusano roedor, que no experimenta nunca dulces sensaciones y

que me ha marchitado con su baba inmundada. Este gusano no ha llegado hasta vosotros, amigos míos, aunque haya pretendido mancharos; pero si no ha atacado á la amistad que me tenéis, si no procuro alejarme de vosotros, por lo menos, por detalles insignificantes, ha venido como siempre á murmurarme al oído que no me decís la verdad. Que por Dios no os desagrade mi franqueza; ante todo compadecedme y cuando vengáis procurad curarme. Codearse los unos con los otros sin conocerse jamás sino por un cambio banal de banales palabras; tal es la vida humana. ¡Jamás, jamás puede uno unir su alma á otra alma! ¡Se experimentan arranques de ternura, palpitaciones de amor, pero nunca sabéis si sienten del mismo modo por vosotros! ¡Cogéis entre vuestros brazos á vuestra amada, apretáis su cuerpo al vuestro, sus labios á los vuestros, hacéis estremer los dos cuerpos concertadamente; pero si se estremera vuestra alma, nunca comprende si la del sér amado la ha correspondido! ¡Ah! ¡que no se pueda abrir este pecho al que la voluptuosidad aprisiona, que no se pueda escudriñar hasta el corazón y ver si ese corazón os abraza también con amoroso lazo! El hombre se encuentra solo, solo sobre la tierra. Lo repito: estas formas para los ojos, pero me voy convenciendo de que cada cual vive en un vasto desierto.

Desde hace algún tiempo saboreo otro tormento. Si en mi soledad llamo á la Musa, esa dulce consoladora, la Musa no me responde. En otro tiempo cuando tomaba la pluma me parecía que á mi alrededor revoloteaba un sér amigo. Este espíritu, este soplo—me decía—es para mí un alma que no esconde el cuerpo; no dudaba de ella y jamás se me ocurrió acusarla de engañadora. Entonces no estaba tan solo; había encontrado al fin la verdad, me sentía consolado y escribía amorosamente todo lo que mi demonio familiar me dictaba. Ahora ¡ay! no cuento con nada de eso; cuando escribo me encuentro solo, completamen-

te solo. La Musa me ha abandonado, ya soy yo solo el que versifica, y desgarró con disgusto cuantos versos hago. En vano esfuerzo mi espíritu; no consigo ver más distintamente mis pensamientos; diríase que un velo cubre las ideas que quiero expresar; mis versos no son ni vigorosos ni limpios, y si algunas veces esclarezco algunos, las transiciones que los ligan son largas y fatigosas. No es esto que la inspiración haya muerto en mí; en mis horas de ensueño, mi espíritu es todavía tan pujante como solía, todas mis concepciones son aún grandes. Los que me faltan son los medios materiales de expresión, la ordenación del asunto y el mecanismo del verso, ó más bien, la Musa, el espíritu que me dictaba en otras ocasiones y que me deja solo ahora con mis cortos medios. A Dios gracias, no es esto—yo lo creo así—más que una época de transición. A veces no sé si debo congratularme de lo que me ocurre. El arte me transporta siempre, yo siento y comprendo la belleza y si rompo las cuartillas en que escribo mis versos es porque éstos no me satisfacen, porque reconozco que debo, que puedo hacerlos mejores. El todo está en encontrar este mejoramiento; con valor se llega siempre, sobre todo cuando se tiene conciencia de lo que se busca.—No obstante estas horas en que el poeta duda son horas tristísimas. Esta lucha sorda que se entabla entre él y la Musa rebelde, tiene desesperaciones terribles. Hay momentos en que todo lo que escribo me parece pueril y detestable, en que todos mis pensamientos, todos mis proyectos para el porvenir me parecen sin ningún mérito. Tendría gran necesidad de ser alentado, yo no mendigo elogios, pero si se publicase una de mis obras y en medio de las más justas censuras se me aconsejase perseverar sin miedo y no abusar de las esperanzas que pueden abrigarse respecto á mí, me parece que trabajaría mucho mejor. Permanecer siempre desconocido es llegar á dudar de sí; nada engrandece tanto los pensamientos

de un autor como el éxito. No importa que para ser como se debe trabaje yo todavía; soy joven, y si los últimos meses que me acaban de transcurrir me han sido dañosos, no habrán ahogado en mí toda poesía. La siento estremecerse en mí: no falta más que un buen día, un suceso venturoso para que florezca de nuevo. Cuento mucho con la venida de Cézanne.

Pero estoy hablando de mí hace mucho tiempo, y, á pesar del interés que me inspiras, he consagrado á mí las ocho páginas enteras. Largo tiempo hace que presencio el combate que libran en tí el arte y las matemáticas. Antes el arte te exaltaba y maldecías el álgebra; ahora te entusiasman las matemáticas, y el arte, sin desaparecer completamente no es en tus cartas más que una concesión hecha á mi título de poeta. Esta lucha me interesaba en grado sumo, y me daba el placer que debe sentir el operador al experimentar *in anima vili*, cuando pensaba de pronto que mi *anima vili* (no te garantizo mi latín) era mi íntimo amigo, uno de los dos solos con los cuales este título tiene todos los sentidos á mis ojos. Creí entonces que no debía llevar más lejos mis observaciones y te diré lo que pensé de toda esta lucha. No discutiré cuál de los dos, el arte ó las matemáticas, predominan; mi fin no es otro que el de llevar un poco de paz á un amigo y poner de acuerdo las dos partes beligerantes. Hubo un instante en que te creí salvado: habías entrevisto el medio que te propuse. En una de tus cartas me decías: es preciso poder hacer *matemáticas en poesía y en filosofía*; es decir: he comprendido por fin la poesía, la filosofía de la ciencia; no me detengo en las minucias clásicas, esa alegría de los pedantes; considero el espíritu humano en lucha con las leyes del mundo y descubriéndolas con la ayuda de la ciencia; considero al espíritu humano en lucha con la verdad y encontrándola con el auxilio de la ciencia; la ciencia en su conjunto grandioso, tiene, pues, también su poesía y su filosofía, y puesto que

me siento atormentado por una necesidad de belleza, no pudiendo entregarme al arte propiamente dicho, voy á pedir á la ciencia esta belleza, este ideal.—El razonamiento era bueno; todo lo que sostenías era verdad; yo veía con regocijo la lucha asegurada y terminada con un desenlace venturoso, cuando tu última carta ha venido á turbar de nuevo mi tranquilidad. La lucha dura, y lo que es peor te hace dudar de nuestra amistad, porque, fijate en una de tus frases: «*Cuando me veáis incapaz de expresar el arte al exterior, ya fuera por la pintura ya por la poesía, ¿no me creeréis indigno de vosotros?*» ¿Cómo pudiste juzgarnos tan sistemáticos que te rehusásemos la mano por la sola razón de que no fueras un compañero? ¿Es, acaso, que los poetas y los pintores son las únicas personas honradas? Más bien somos nosotros los que te podríamos decir: «*Cuando nos veas incapaces de crear una posición, ¿no nos crearás indignos de ti á nosotros, los pobres bohemios, el pintorzuelo y el escritorzuelo?* Y esta frase, ya lo sé, te encolerizó, efecto parecido al que me produjo la tuya, mas yo te debía bien esto, por mi grosera injuria. Esta digresión me ha distraído de mi objeto. Yo anhelaba entrever una conciliación entre el arte y las matemáticas y tú te salías de la cuestión. Mi consejo es, pues, el siguiente: durante los seis meses que te quedan que pasar en el colegio, sigue el camino que te has trazado; haz matemáticas en poesía y en filosofía. Después, cuando seas libre, te consultarás y tomarás la ruta que te plazca; sólo te aconsejo que madures bien tu proyecto; nada es tan difícil como retroceder cuando se ha puesto uno en marcha.

Acabo de releer las seis páginas ya escritas y encuentro en mi prosa los mismos defectos que critico en mis versos. Os digo lo que quiero decirlos, pero lo digo mal. En mi concepto, la expresión no es justa y las transiciones son torpes. ¡Cómo voy envejeciendo, Dios mío! Lejos de estar extenuado—sólo los

tontos lo están,—yo veo no obstante que mi cabeza se encorva bajo el peso de mis observaciones diarias. Pero, cuando en medio de mis tristes pensamientos recuerdo de pronto el brillante porvenir de nuestras hermosas vacaciones, siento como si una fresca brisa viniese á besar mi frente. ¡Ah! ¡es un ángel de alas de oro este bello porvenir! Como me acaricia dulcemente y me encuentro solo, sus sonrisas ponen en huida mis negras ideas. Me parece que la Musa acudirá de nuevo á mi voz, si la llamo para describir una de esas aventuras que sueño tan placenteras y tan dulces al corazón. Es probable que ponga este pensamiento en ejecución y trate de dar una pareja á Paolo en una composición en verso titulada *La Aérea*.

Últimamente he recibido una carta de Cézanne en la que me dice que su hermanita está enferma y que no espera poder llegar á París hasta primeros del mes próximo. Podrás, pues, verlo todavía durante tus vacaciones de Pascua. Bebed por última vez una buena botella, fumad una buena pipa, y júrale que vendrás á encontrarnos en el mes de septiembre próximo. Podremos formar entonces una pléyade de raras y pálidas estrellas, es verdad, pero brillantes á fuerza de unión. Como dice nuestro viejo: (1) No habrá sueños ni filosofías comparables con nosotros. Veo avanzar esta época como una de las épocas más venturosas, y creo no equivocarme.

Me pides que ponga los puntos sobre las *ies* en lo que se refiere á mi empleo, y me parece justo satisfacer tu natural y legítima curiosidad. La colocación que busco es sencillamente la **primera** que se presente; como no quiero colocarme para que mi empleo sea mi porvenir, poco me importa que mi ocupación presente lo tenga ó no. Con tal de ganar mil doscientos francos anuales que es todo lo que me hace falta, no me in-

(1) Este viejo era Pablo Cézanne.

quieta la idea de esperar los ascensos. Repito que este empleo no es para mí más que un medio de comer, un medio que aunque de poca importancia me sea bastante. No quiero malograr inútilmente mi porvenir. Como dirigiéndome exclusivamente á la Musa moriría de hambre antes de ser conocido, estoy obligado á pedir mi pan por otra parte, mientras continuo creando mi posición futura para la poesía.

Puede ser que esta última parte de mi proyecto sea un sueño; pero me bastará con mi modesto empleo para comer y habré seguido hasta el fin mi divisa: *Todo ó nada*. Como otros detalles te diré que busco este empleo en un servicio activo, por ejemplo, un servicio de vigilancia; en fin es probable que sea colocado dentro de unos días en un ferrocarril, para lo cual he presentado mi instancia.

Espero una carta tuya á principios de abril, es decir: una carta escrita durante tus vacaciones en Aix. Yo te escribiré después la llegada de Cézanne. Por otra parte esta época está bastante próxima. Dame, pues, algunas noticias sobre Aix y sus habitantes.

Mis respetos á tus padres.

Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Te aconsejo leer y estudiar á Montaigne. Te aseguro que saboreo con deleite su filosofía y estoy persuadido de que te satisfará lo mismo. Lee, sobre todo, su capítulo: *Del colegio de niños*. ¡Qué rudo revólución á nuestra enseñanza clásica!

VIII

París, 2 de mayo de 1860.

Mi buen viejo:

Creo que los poetas y los novelistas han abusado demasiado del drama en el amor. No parecen ocuparse

más que del momento crítico, del instante que la pasión estalla, salvaje y desmelenada. Se diría una montaña con dos vertientes: la una, de pendiente dulce y florida, no tiene más que valles deliciosos, arroyuelos que murmuran bajo la hierba, aves que cantan en los breñales, por donde, lejos de sentir fatiga alguna al trepar, se siente que el pecho se dilata al aproximarse al cielo. Se camina, se camina siempre, impaciente de perderse en las nubes; mas cuando se está en este sueño, cuando cree uno sentir que posee alas, no sé qué fatalidad os impulsa á descender por la otra vertiente. ¡Y qué descenso, Dios mío! Aquello no es más que zarzales, abismos sin fondo; la pendiente es áspera, y se rueda en lugar de marchar. Los señores novelistas hacen subir esta montaña á cada uno de sus héroes; éste la sube más ó menos ligero, aquél la descende con más ó menos rapidez. Pero todos la deben subir; es la regla general. Ellos me dirán: la realidad es la que lo quiere; nosotros no hacemos otra cosa que pintar á los hombres, y, si se parecen todos, si todos tienen la locura de amar demasiado primero, para no amar después, tanto peor para ellos. Y tendrán alguna razón estos estimables señores. Es verdad que son nuestros insensatos sueños y nuestros deseos imposibles de satisfacer los que con frecuencia causan nuestras desdichas cuando tropezamos con la vida real. Pero la novela no tiene como fin único pintar, debe también corregir y es una pobre corrección esta de pintar un poco para corregir un día. Hay mucha gente, yo lo afirmo, que se considerarían dichosos con poder tener las cualidades de un héroe de novela á riesgo de tener sus defectos. Yo creo que á un hombre que está en cura no debe mostrársele brutalmente su mal; antes, al contrario, debe hacérsele ver la felicidad de que gozaría de haber seguido el buen camino. Por consiguiente, nada de montaña que subir, nada de montaña que bajar; un gran plano bien alisado, bien fértil, menos agra-